



Doctorado en Filosofía Moral y Política

Curso:

La relación ser humano - mundo vista desde la seducción

Profesor: Cristóbal Holzapfel Ossa

Título Ensayo:

“Porno producción neoliberal y crisis de la seducción”

Autor:

Rodrigo E. Morales Martínez

Contacto:

rodrigo.morales.mz@gmail.com

+(56)983411672

Fecha entrega: 27 de diciembre de 2015

*Lo real crece, lo real se ensancha, un día todo el universo será real,
y cuando lo real sea universal, será la muerte¹*

Introducción

En el presente trabajo se pretende establecer un recorrido por nociones claves del pensamiento de Jean Baudrillard orbitando el concepto central de *seducción*. Para ello el tránsito entre seducción y producción, los derroteros obscenos de lo porno y la obesidad del pensamiento, la seducción fría, entre otros, serán revisados con el detenimiento que permite el margen de este ensayo.

El foco de este análisis intentará sin embargo hacer converger y tensionar estos movimientos de la seducción contra la figura del neoliberalismo, tratado en este caso no desde un punto de vista exclusivamente económico o político, sino, a fin a los términos de este trabajo, desde la porno-producción desde donde se edifica y la absorción de lo seductivo que pretende. Acá, el deseo de irreversibilidad de este sistema de gobierno – discursivo, estético– será el epicentro para sus composiciones subjetivantes: la prostitución, el rehén, la histeria, el obeso, aparecerán así como figuraciones de un sistema discursivo que se resiste a toda reversión.

Sin embargo, la seducción, su movimiento, su compromiso con la apariencia y la ilusión, serán reubicados como contra movimiento, como disenso. Una resistencia natural, no respecto de la verdad representacional de un sistema, sino sobre la naturaleza reversible de su apariencia –lo que en verdad seduce– y que se resiste a la inscripción definitiva. Así se concluirá la imposibilidad de toda producción para eternizarse en un juego articulador de sus signos, distinguiendo desde los mismos – desde su exceso– el punto de partida de una fisura y así de un nuevo acontecimiento seductor. O dicho de otro modo, la preeminencia de la seducción por sobre todo sistema quietivo de producción.

¹ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1989 (6ª Edición) [Trad. Elena Benarroch],

Consideraciones preliminares sobre la seducción

La seducción –*deuk, ducere*– es conducción, dirección, guía. La etimología de la seducción supone primeramente movimiento. Seducir, así, como movimiento, es otra versión, reversión, es diferencia. Por lo tanto nada que devenga solamente en quietud será seducción: la seducción es movimiento.

Si bien seducción es movimiento, no todo en movimiento es seducción. La seducción no es histeria –mero movimiento de los signos en tanto juego–, ni tampoco azar –lotería de los signos. La seducción es movimiento de reversibilidad, donde, en el seducir, algo arresta al juego de signos de un modo diferente. No hay imagen, *mímesis* de la seducción, porque “la seducción es aquello que no tiene representación posible, porque la distancia entre lo real y su doble, la distorsión entre el Mismo y el Otro está abolida”². Mostrará así la seducción la pobreza de toda teoría del reflejo.

La seducción no pertenece al orden de la naturaleza sino al del artificio. La seducción se basta con la sombra y si bien puede desviarse en la inquietud de su origen es ella –la sombra– la que seduce. Es así “vertiginosa en cuanto se obtiene de un objeto que no es de simple atracción, sino de atracción *redoblada* de una especie de desafío, o de fatalidad de su esencia”³.

La seducción es así destino fatal, de lo real, de la naturaleza y su representación quietiva. La seducción desmantela la imagen cuando ella pretende el orden totalizante. Esta repentina reversibilidad, es la amenaza de todo discurso. Pero también –en tanto movimiento, diferencia– podrá ser quietud ante lo histérico, silencio ante el exceso de signos. Ahí es contra movimiento. La seducción no está por ello en algún lugar, tampoco en un momento dialéctico, no hay en ella ninguna promesa de superación.

Finalmente la seducción, en tanto acontecimiento de la movilidad, se erige como la contra vitalidad primaria de todo ser. Así, si la vida se inscribe en alguna esencia, “la *seducción* es lo que sustrae al discurso su sentido y lo aparta de su verdad”⁴, por lo tanto la exscripción será un modo de la seducción, que no es sino la reescritura fatal de lo dicho, la reversión narrativa de la verdad inscrita. Seducción es así reversibilidad de

² BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. Cit., p. 67

³ BAUDRILLARD, Jean. *Las estrategias fatales*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1991 (3ª Edición) [Trad. Joaquín Jordá], p. 7

⁴ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 55

toda escritura, de toda teoría del reflejo, de todo principio de indeterminación; en fin, de toda prescripción quietiva de lo humano.

Seducción, porno y obscenidad

Si lo *masculino* es el símbolo de la sexualidad para una teoría del deseo (freudiana o no) –es Edipo, es Narciso– pues el *travestismo* es el de la seducción. Falocentrismo sexual ante el juego de la reversibilidad de los signos. Y es que los travestis no respetan la economía de la libido; ellos –o ellas– no aman ni a hombres, ni a mujeres. Ellos habitan la indistinción de lo *homo* o lo *heterosexual*. Los travestis juegan el juego de la indistinción del sexo. Su encanto proviene precisamente de la vacilación sexual y no de la atracción de un sexo a otro. Como señala Baudrillard “Para que haya sexo hace falta que los signos repitan al ser biológico. Aquí los signos se separan, mejor dicho ya no hay sexo, y de lo que los travestis están enamorados es de este juego de signos, lo que les apasiona es *seducir a los mismos signos*”⁵

Por ello buscar al travestismo fundamento en la bisexualidad, en la perversión o en la latencia, es no percatarse que el travesti ya ha eclipsado esa sexualidad, esa teoría de sexo, con un juego de signos que escapa de la modalidad binaria de los términos: homo/hetero; latente/manifiesto; perverso/neurótico. Para la seducción, para el travestismo, no hay fantasmas que rijan el juego superficial de los signos. No hay un sentido corregido de los signos sobre el cual todo es pura desviación, neurosis. Para Baudrillard la fuerza seductora del travesti podría provenir más bien de la *parodia*, donde converge el maquillaje y el movimiento indistinto. Movimiento travesti como movimiento de los sexos en sus signos: ese es el secreto de cualquier seducción ¿Dónde transita el travesti? Entre los signos masculinos de la producción y los femeninos de la seducción. En esta dinámica, de mutua anulación desfila el travesti, su parodia de los signos es la parodia de la fuerza y la debilidad al unísono, pero sin descansar exclusivamente en ninguno. Para Baudrillard es ‘el travesti con bigote caminando por Barcelona’. En continuidad con esto revisemos un brevísimo cuento.

⁵ *Ibíd.*, p 19

Vivo con mi papá en un pequeño departamento en Portugal con Avenida Matta. Trabaja todo el día y llega tarde a casa. Siempre anda con ojeras, pero sonrío cada vez que me ve. Me mete a la cama y se queda a mi lado contándome cuentos hasta que me duermo. Una noche fingí dormir y me levanté para ver qué hacía. Lo descubrí poniéndose su traje especial. Una peluca y maquillaje protegen su identidad secreta y en una cartera llevaba sus aparatos y artefactos. Así, enfundado en mallas, salía todas las noches. Mi papá es un superhéroe⁶

El cuento es el juego de signos, es un transformismo en sí. El cuento se halla travestido por su propio secreto. El que no se cuenta, porque tampoco lo hay. No hay verdad, no la hay en el sentido de “o la una, o la otra”. El cuento sólo se cuenta y en su contar –en su textura– seduce. Lo central del cuento, lo que finalmente seduce, no es la verdad que suma, sino aquello que le resta a la historia: un título orientador, un epílogo, cierta moralidad, la desilusión. Y es que tal sustracción seduce al ser sustracción de una dimensión del espacio real de la historia. Esto es para Baudrillard el *trompe-l’oeil*⁷. Éste no trata de confundirse con la realidad, sino que se conforma con sembrar la duda ante lo expuesto. Sobrepasa así el efecto de lo real, pero no agregando nada, sino deslizando una ausencia, desplegando una inquietud sobre algún principio de realidad presente. El *trompe-l’oeil* no es sino el secreto de la reversibilidad siempre posible del espacio real; es entonces, secreto de la inexistencia de la realidad como tal.

Pero aquel cuento no es el que más cuenta entre los cuentos que habitan el espacio semiótico entre nosotros y los objetos. Lo que si se convierte en el mega relato es aquel régimen que, en vez de sustraer una dimensión al espacio real, por el contrario, le añade otra dimensión; que tiene que ver con ella, pero siempre en exceso de su apariencia: la hace más real que lo real que es. Así lo *porno* se va abriendo paso hiperrealmente. Dice al respecto Baudrillard “Lo real no se borra a favor de lo imaginario, se borra a favor de lo más real que lo real: lo hiperreal. Más verdadero que lo verdadero: como la simulación”⁸.

⁶ GUZMAN, Diego. “Mi increíble papá”, en *Santiago en cien palabras*, 2008

⁷ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 61 y siguientes

⁸ BAUDRILLARD, Jean. *Las estrategias fatales*. Op. Cit., p. 9

Pero convengamos algo: no se entiende por porno la mera sexualidad, lo explícito de lo sexual, la novela insolente, la escena primaria. Lo que suena en el vocablo *porno* es su propia etimología: la imagen prostituta (πόρνη γράφω). Lo porno como aquello que establece una relación que, en su aparente verdad más verdadera – la sumisión de la prostituta, su encantamiento aparente por quien la observa, su compromiso carnal– hace circular algo que no es sino una obscenidad. Señala el filósofo francés al respecto que “La sexualidad no se desvanece en la sublimación, la regresión y la moral, se desvanece con mucha mayor seguridad en lo más sexual que el sexo: el porno. Lo hipersexual contemporáneo de lo hiperreal”⁹. No hay por ello obscenidad en el cuento anterior, porque no promueve una mirada concupiscente sobre el muchacho y su escritura. El cuento no agrega especialmente nada. Más aún, por el contrario, nos retira algo para llenarlo nosotros. Ese es su *suspense* seductor.

El porno en cambio grafica, prostituye la imagen; la encuadra, la enfoca, la amplifica. El porno se sobrepone a la dimensión de lo secreto: cuenta un secreto; se sobrepone a la dimensión de la distancia: es virtual. Y si el secreto tiene algo que ver con el amor, diremos además que “la desritualización del amor se consume en el porno”¹⁰.

La obscenidad del porno consume su objeto, ahí radica su fascinación, en la presentación de una realidad ‘más real que lo real’. Es sexo en estado puro, un sexo tan próximo que más aún “se confunde con su propia representación: fin del espacio perspectivo, que también es el de lo imaginario y el del fantasma –fin de la escena, fin de la ilusión”¹¹.

La hiperrealidad del sexo ofrece lo que el sexo no ofrece. De igual modo los sistemas discursivos, en su registro lingüístico, intentan ofrecer lo que el sexo no ofrece: relaciones sexuales, hacer el amor, procreación, sagrada familia, etc. Es así materializar la apariencia del sexo en distintas formas de hiperrealidad al mismo tiempo que irrealizar su forma más sutil, la de su simple apariencia: su erotismo, su inquietante extrañeza, su ilusión; es decir, su seducción. Pero la hiperrealidad del porno, más aún, parece no tener límite ¿Por qué habría de tenerlo si su goce no es ya el del sexo sino

⁹ *Ibíd.*, p. 9

¹⁰ HAN, Byung-Chul. *La agonía del eros*. Barcelona: Herder, 2014 (1ª Edición) [Trad. Raúl Gabás], p. 28

¹¹ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 34

de aquello que lo supera? Baudrillard habla al respecto:

Mucho más allá del idealismo convencional del striptease (quizá ahí habría incluso seducción), en el límite sublime el porno se invierte en una obscenidad purificada, profundizada en el dominio visceral –¿por qué quedarse en el desnudo, en lo genital: si lo obsceno es del orden de la representación y no del sexo, debe explotar incluso el interior del cuerpo y de las vísceras– quién sabe qué profundo goce de descuartizamiento visual, de mucosas y de músculos lisos, puede resultar? Nuestro porno aún tiene una definición restringida. La obscenidad tiene un porvenir ilimitado¹²

Porno-producción y simulacro neoliberal

El porno acecha la cultura no sólo en el territorio de la sexualidad. El porno, esta imagen prostituta de sí misma, tiene un sistema discursivo, productivo, estratégicamente seductor que es el *neoliberalismo*. El neoliberalismo es pura posibilidad de goce hiperreal. Es el sistema absolutamente porno, profundizando una obscenidad que, en lo más general, no se agota en el aseguramiento del capital sino en la garantía de su exceso. Obscenidad: lo más visible que lo visible¹³.

En una confusión con lo real agrega dimensiones donde no las hay –y digamos, donde no son necesarias. Traspasa el punto de saturación de los objetos que capta para venderlos por lo que aparentan, pero esta vez más bien por el exceso que pueden aparentar de sí; por su cualidad alucinatoria. Es el teléfono inteligente cuyos agregados tecnológicos parecen infinitos –un comercial dice “*bueno... y también sirve para hablar*”.

El problema que agrega acá es ahora el del espacio y el tiempo para su uso, para sacarle el máximo rendimiento a sus posibilidades. Esa dimensión temporal es la dimensión que hiperrealiza el vértigo: que no es sino la usurpación de la realidad del tiempo por un afán de sacarle más ‘duración’ a cada instante. El vértigo de esta perfección seduce en una seducción fría, histérica, que sólo juega con los signos, porque no evita o sencillamente no conoce su reversibilidad. Solo seduce si se continúa

¹² *Ibíd.*, p. 36

¹³ BAUDRILLARD, Jean. *Las estrategias fatales*. Op. Cit.

hacia adelante. Si se detiene –en la no actualización del modelo, en la no mejora de la *app*, o del *software*– se convierte inmediatamente en objeto degradado; destino similar al de la prostituta abandonada ya a su suerte cuando su tarea ha culminado. Es que no existe algo así como la *fidelidad* en el porno, como tampoco existe en la obscenidad neoliberal.

Fidelidad se podría entender como la decisión de sostener un lugar y dejar ahí caer el deseo en un escenario de pura reversibilidad: ser fiel es quedarse ahí aunque el tiempo ya anuncie otra cosa. Con la prostituta no hay fidelidad, solo ciertas ambiguas reglas y un contrato momentáneo. Si este se cumple o no queda fuera de lo dicho, nadie legislaría eso: *los barrios rojos se las arreglan solos. Sus reglas están fuera de la ley.*

Así, la escena contemporánea –modernidad porno– converge en el punto donde no hay más dimensiones agregables. No hay fidelidad. Lo que hay es uso y abandono en tanto mercancía; y lo que se espera es el olvido. La prostituta al inicio de su empresa aparece voluptuosa en su imagen. Mas precisamente por ese exceso de maquillaje vive ahora la degradación de la decoloración capilar, el desajuste de las formas prometidas. Entonces la aparición de la persona tras el atuendo lascivo, el empobrecimiento del rostro por el exceso inicial. Ahí, cuando se deja ver el rostro y se escapa la mirada –del maquillaje, del órgano– acontece la degradación definitiva. Ya no hay voracidad, ya no hay obscenidad. Solo rostros indefinidos. Y es que “cuando se está en la obscenidad, ya no hay escena ni juego, la distancia de la mirada se borra”¹⁴.

Pero a pesar de parecer, desde el sentido común, la encarnación de lo seductor, la prostituta en realidad no seduce nada y no seducirá nada porque ella misma no está seducida. La seducción requiere –digamos como condición de posibilidad– de la auto seducción: *seducirse para seducir*. Mas a la prostituta no le interesa el objeto que la acarrea. No le seduce. Es otro *cacharro* –usando un término baudrillardiano– y nada más. Al respecto señala Baudrillard:

La verdadera seductora sólo puede serlo en estado de seducción: fuera de ahí ya no es mujer, ni objeto, ni sujeto de deseo; queda sin rostro, sin

¹⁴ BAUDRILLARD, Jean. *Contraseñas*. Barcelona: editorial Anagrama, 2002 (1ª Edición) [Trad. Joaquín Jordá], p. 35

atractivo –ahí reside su única pasión. La seducción es soberana, es el único ritual que eclipsa a todos los demás, pero esta soberanía es cruel y cruelmente pagada¹⁵

Lo mismo en el neoliberalismo –porque sino entonces la hipótesis de la locura absoluta, del desquicio total– ¿Cómo pensar, con cierta cordura, esta máquina de hacer cosas sin considerar que invisibiliza para sí los rostros que gestiona? El neoliberalismo requiere de este maquillaje que ensombrece el rostro; más aún, le resulta fundamental no vacilar en la invisibilidad del otro. Por ello los grandes *riders* de este sistema (corredores de bolsa, lobistas, inversionistas, empresarios, ejecutivos, etc.) no pueden ver rostros. Ellos mismos lo reconocen: les resulta intolerable. Para ellos la sustracción de una dimensión no es posible, por ello no hay familia, ni tiempo, ni nada que no sea producción. Ellos cabalgan anticipando sin contemplación –he ahí su gracia– las nuevas dimensiones que se agregan en la extatización del objeto.

Cultura porno entonces, cultura hiperreal, cultura de lo ‘más que lo más’, y de saber distinguir los momentos. Anticipar la moda, anticipar los modelos, anticipar los deseos y producir todo ello de manera que esté a la espera del momento propicio. En ello hay una radicalidad, incluso una superación sobre la prostituta: mientras que en ésta, tras el velo cosmético, se descubre en algún momento un rostro; aquello no acontece en el dominio hiperreal de la simulación neoliberal, ahí nunca habrá un rostro, ahí nada se devela.

La cultura neoliberal es así una cultura simulada, borrosa; una cultura del exceso, de la apropiación violenta de lo real. Hay en ella un deseo de posesión total de la representación de lo real. Tal deseo de gobierno no es exclusivo del régimen neoliberal, pero es particularmente en este periodo cuando la reversibilidad de los signos ha demostrado su límite, su ingrátida defensa¹⁶. No hay así movimiento, sino

¹⁵ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 84

¹⁶ Cabe recordar acá la coincidencia entre neoliberalismo y ese plus de gozar que invade y modula subjetividades. En este sentido las fuerzas superyoicas del neoliberalismo son letales. Si bien siempre hay un *plus de gozar* –diría Lacan– respecto de nuestro deseo, este plus de gozar se acelera con la *plusvalía de sí mismo* –propia del contexto capitalista y neoliberal– que no sabe sino puramente gozar; debe gozar con todo, no puede aburrirse ni suspender su sensación al respecto (véase EMA, José. “Capitalismo y subjetividad ¿Qué sujeto, qué vínculo y qué libertad?”, en *Psicoperspectivas*, VIII (2), 224-247. 2009. Recuperado el 12 de mayo de 2015 desde <http://www.psicoperspectivas.cl>.

calcificaciones de una seducción obscena. Los signos no muestran reversibilidad y en la extatización del objeto carecen de un lugar para el sujeto agente. Hay así una ubicación estratégica del objeto de producción o más bien del objeto de consumo¹⁷. Todos estamos así presos de este juego de signos. Ya lo avisaba Baudrillard cuando señalaba que:

Todos somos unos rehenes. Todos servimos ahora de argumento disuasorio. Rehenes objetivos: respondemos colectivamente de algo, pero ¿de qué? Especie de predestinación trucada, cuyos manipuladores ni siquiera podemos descubrir, aunque sabemos que la balanza de nuestra muerte ya no está en nuestras manos, y que estamos ahora en un permanente estado de suspense y de excepción, del que lo nuclear es el símbolo. Rehenes objetivos de una divinidad terrorífica, ni siquiera sabemos de qué evento, de qué accidente dependerá la última manipulación¹⁸

No sucede ya como en la historia del inversionista japonés –hubo muchos durante la crisis del ‘97– quien ante la quiebra de su compañía termina públicamente con su vida: *seppuku*, *harakiri*. En un acto de muerte, también un acto de reversibilidad última. El ejecutivo dispara cayendo delante de todos. Es un acto final, el desacato más radical ante la obscenidad que lo persigue. En un lenguaje coloquial diríamos que el ejecutivo japonés “dio la cara” y ese fue su acto de reversibilidad, su tragedia. Sin embargo, las caras, los rostros, ahora resultan escasos y por sobre todo carecen de algún sentido trágico. Reina la indistinción de los mismos y es que tal como en el porno, la cara puede resultar inconveniente, pues “quiebra la obscenidad y restablece el

¹⁷ Por ello para Han hoy la negatividad desaparece por todas partes y todo resulta aplanado para convertirse en objeto de consumo. Por ello Han señala que: “Quien fracasa en la sociedad neoliberal del rendimiento se hace a sí mismo responsable y se avergüenza, en lugar de poner en duda a la sociedad o al sistema. En esto consiste la especial inteligencia del régimen neoliberal. No deja que surja resistencia alguna contra el sistema. En el régimen de la explotación ajena, por el contrario, es posible que los explotados se solidaricen y juntos se alcen contra el explotador. Precisamente en esta lógica se basa la idea de Marx de la “dictadura del proletariado”. Sin embargo, esta lógica presupone relaciones de dominación represivas. En el régimen neoliberal de la autoexplotación uno dirige la agresión hacia sí mismo. Esta autoagresividad no convierte al explotado en revolucionario sino en depresivo”. HAN, Byung-Chul. *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder, 2014 (1ª Edición) [Trad. Alfredo Bergés], p. 10

¹⁸ BAUDRILLARD, Jean. *Las estrategias fatales*. Op. Cit., p. 36

sentido allí donde todo apunta a su abolición con el exceso de sexo y el vértigo de la nulidad”¹⁹. Así, el *leitmotiv* de nuestra cultura versaría “tanto mejor si no nos vemos los rostros”. La obscenidad neoliberal no deja nada al azar. No permite el estado de la apariencia. Todo signo debe ser visible y estar geométricamente ubicado. Baudrillard nos dice:

Producir es materializar por fuerza lo que es de otro orden, del orden del secreto y de la seducción. Por todas partes y siempre la seducción es lo que se opone a la producción. La seducción retira algo del orden de lo visible, la producción lo erige todo en evidencia, ya sea la de un objeto, una cifra, o un concepto²⁰

La nuestra es la cultura de la monstruosidad productiva, en la que el porno y la producción (la *producción-porno* o la *porno-producción*) seducen fríamente objetos o sujetos. Por ello para Baudrillard el porno ponía fin mediante el sexo a cualquier seducción, pero ponía también fin al sexo mediante la acumulación de signos del mismo. Como lo refuerza Han “El capitalismo intensifica el progreso de lo pornográfico en la sociedad, en cuanto lo expone todo como mercancía y lo exhibe. No conoce ningún otro uso de la sexualidad”²¹. Lo que resulta de todo ello es un sistema de *disuasión* de lo real por lo hiperreal. Resulta así una pasividad, una hinchazón de sí mismo, que encuentra en lo *obeso* una representación sistémica. Señala Baudrillard al respecto:

Estos obesos son fascinantes por su olvido total de la seducción. No les preocupa en absoluto, y se viven a sí mismos sin complejo, con desenvoltura, como si ni siquiera les quedara un ideal de sí mismos. No son ridículos, y lo saben. Aspiran a una especie de verdad, y, en efecto, exhiben algo del sistema, de su inflación en el vacío. Son su expresión nihilista, la de la incoherencia general de los signos, de las morfologías, de las formas de la alimentación y de la ciudad: tejido celular hipertrofiado y

¹⁹ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 38

²⁰ *Ibíd.*, p. 38

²¹ HAN, Byung-Chul. *La agonía del eros*. Op. Cit., p. 27

proliferante en todos los sentidos²²

El régimen de la porno-producción del neoliberalismo en su obscena gratificación pasiva, seriada, pone fin al deseo, a la seducción, y deja estos restos obesos, obscenos, cuerpos que crecen sin llegar a parirse a sí mismos²³. En su forma activa sin embargo clausura la reversibilidad mediante la imposición de nuevos signos: su reescritura de la libertad como ‘libertad para decidir, para consumir, para emprender’, quizá sean sus fetiches más dominantes²⁴. La disuasión irrealiza lo que no pertenece a su discurso. De ello deviene la constricción del cuerpo –tan bien rastreada por Foucault– en tanto se sumerge en un juego disuasivo que es un juego de poder radical, una *biopolítica* radical. El cuerpo se reconoce mediante esos signos, se seduce fríamente con ellos; luego se confunde lo suficiente como para reducirse a ellos y mantener el establecimiento de las modos de vida que perpetúan –no digamos que los comerciales derrochan creatividad, más bien el método es simple en su enunciación: *disuasión de lo real por lo hiperreal*. Activa o pasivamente así opera el sistema disuasivo.

El porno es lo obsceno –el fin de toda escena– pero, como vemos, sus alcances no se remiten a la pura sexualidad. Baudrillard nos dice: “Pero ¿lo sexual no es ya materialización forzosa, el advenimiento de la sexualidad no forma ya parte de la realística occidental, de la obsesión propia a nuestra cultura de crear instancias y de instrumentalizarlo todo?”²⁵. Lo obsceno, lo porno, coloniza todo espacio de la cultura; en todos ellos su pretensión es la producción quietiva de un discurso, la pretensión de lo irreversible. De manera más explícita dice a continuación: “Somos una cultura de la eyaculación precoz. Cualquier seducción, cualquier forma de seducción, que es un proceso enormemente *ritualizado*, se borra cada vez más tras el imperativo sexual

²² BAUDRILLARD, Jean. *Las estrategias fatales*. Op. Cit., p. 27 - 28

²³ *Ibíd.*

²⁴ Han profundiza este punto y señala al respecto: “El neoliberalismo, como una forma de mutación del capitalismo, convierte al trabajador en *empresario*. El neoliberalismo, y no la revolución comunista, elimina la clase trabajadora sometida a la explotación ajena. Hoy cada uno es un *trabajador que se explota a sí mismo en su propia empresa*. Cada uno es amo y esclavo en una persona. También la lucha de clases se transforma en una lucha interna consigo mismo (...) En la actualidad es estructuralmente imposible la “dictadura del proletariado”. Hoy todos estamos dominados por una dictadura del capital. HAN, Byung-Chul. *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Op, cit., p. 9

²⁵ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 41

naturalizado, tras la realización inmediata e imperativa de un deseo”²⁶. El imperativo que emerge de este modo de ser de las cosas, en una inversión radical del poder, ya no condena como antaño el uso del cuerpo y los placeres; sino, por el contrario, la condena está en su opuesto, en el *no uso*: el no encontrar un buen uso para el sexo; el no hacer hablar al inconsciente; el no gozar del cuerpo; el no gasto de la libido. Esto es lo que, por su vereda, Han identifica como *sociedad del rendimiento*:

La sociedad de rendimiento se caracteriza por el verbo modal positivo *poder (können)* sin límites. Su plural afirmativo y colectivo «*Yes, we can*» expresa precisamente su carácter de positividad. Los proyectos, las iniciativas y la motivación reemplazan la prohibición, el mandato y la ley. A la sociedad disciplinaria todavía la rige el *no*. Su negatividad genera locos y criminales. La sociedad de rendimiento, por el contrario, produce depresivos y fracasados²⁷

No hay luego valor de uso del cuerpo. El cuerpo y todo su flujo es liquidez, es circulación de capital, por lo tanto es valor de cambio. Nuevamente es la prostitución de su valor original. Es la rentabilidad de sus posibilidades, que en este actual escenario, no es sino posibilidad de intercambio bursátil. El modelo sexual es el modo de aparición de los cuerpos –conexión nuevamente acá entre el viejo Baudrillard y el joven filósofo coreano-alemán–; para Baudrillard las grandes seductoras o las grandes estrellas –digamos, de televisión, de comerciales, modelos– “nunca brillan por su talento o por su inteligencia, brillan por su ausencia. Brillan por su nulidad, y su frialdad, que es la del maquillaje y el hieratismo ritual”²⁸. Han por su parte años después insistirá todavía en lo mismo:

Es la indiferencia descarada lo que las *mannequins*, las *pornostars* y las otras profesionales de la exposición deben, ante todo, aprender a adquirir: no dar a ver otra cosa que un dar a ver (es decir, la propia absoluta medianía). De este modo el rostro se carga hasta estallar de valor de

²⁶ *Ibíd.*, p. 42

²⁷ HAN, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder, 2012 (1ª Edición) [Trad. Arantza Saratxaga], p. 16 - 17

²⁸ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 92

exposición²⁹

Así, entre sexo y empresa individual –capital humano– hay una relación de mutuo modelamiento donde cierta corporalidad es el rendimiento primario. Dice Baudrillard: “ese cuerpo al que nos referimos sin cesar, no tiene otra realidad que la del modelo sexual y productivo”³⁰. Desde ahí lo que sigue es la competencia, de plusvalía del goce, de acumulación fría. De ahí sigue también la “fantástica” reducción de la seducción, su mínima expresión:

La sexualidad tal como la cambia la revolución del deseo, ese modo de producción y de circulación de los cuerpos, precisamente se ha convertido en lo que es, se ha podido tratar en términos de «relaciones sexuales», sólo olvidando toda forma de seducción –igual que lo social se puede tratar en términos de «relaciones» o de «relaciones sociales» sólo cuando ha perdido toda sustancia simbólica (...) Allí donde el sexo se erige como función, como instancia autónoma, es porque ha liquidado a la seducción³¹

La potencia de este vuelco es hacia la producción hiperreal de una teoría de la libido. La potencia reversible del deseo se instaura ahora en una dinámica de flujo desde la latencia hacia lo manifiesto. Pierde así su movimiento seductivo de la apariencia por una hidráulica economía del deseo. Para Baudrillard acá acontece el “nacimiento de lo sexual”, como acontecería con Foucault un “nacimiento de la clínica”. Y es que “*allí donde antes no había nada*, excepto formas incontroladas, insensatas, inestables, o bien enormemente ritualizadas”³², ahora hay toda una economía de la sexualidad. La sexualidad así entra en el territorio de la economía política neoliberal, donde todo en ella es simulacro: una apariencia no seductora, pero si instigadora atractiva del juego de signos.

²⁹ HAN, Byung-Chul. *La agonía del eros*. Op. Cit., p. 27

³⁰ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 42

³¹ *Ibíd.*, p. 43

³² *Ibíd.*, p. 43

Seducción como reversibilidad: la estrategia fatal

Si en nuestra cultura la seducción es lo primero, lo sexual en tanto economía libidinal, ha trabajado en su inversión, haciendo de la seducción una fría atracción subalterna. El sexo como la añadidura de la seducción –recordemos a Bataille– ahora es el epicentro de una atracción fría ¿Qué es lo que vincula a estas jóvenes parejas? ¿Es acaso la seducción? ¿Pero cómo comprender allí la coincidente filiación por clase social, capital cultural, origen racial? ¿No hay en todo ello una economía política del sexo, una rentabilidad de la tradición, del estatus, de la descendencia?

Sin embargo, a pesar de esta inversión, de este simulacro en el concierto estereofónico de la producción, lo obsceno, aún así, puede igualmente volver a seducir: lo obsceno puede retornar al movimiento de la reversibilidad, incluso desde sus figuras más anti seductoras. Dice Baudrillard que “Basta con que vayan más allá de su verdad, mediante una configuración reversible que es también la de la muerte”³³. Y es que a pesar de esa representación pura de la plusvalía del sexo la seducción insiste: esa es su “última metamorfosis”. Y es que lo que cristaliza el porno, lo obsceno, lo prostituido, no es sino una *ilusión de poder*. No obstante, para Baudrillard hay fatalidad en esta estrategia: toda producción tiende siempre a su propia muerte, por lo que no ha habido nunca algo así como una producción o un poder absolutos. En algún momento acontece así la abolición de un ciclo que parecía ilimitado: nueva delimitación, entonces reversibilidad³⁴. Lo único eterno es la reversibilidad de tal pretensión. Fricción metafísica: lo único eterno es la imposibilidad de lo eterno; es la imposibilidad del no cambio.

Surge así nuevamente el poder, como desafío para un orden de cosas. Probablemente Foucault se preguntó en algún inicial momento ¿Y si el sexo pudiera no tener que ver exclusivamente con la moralidad, con qué más podría tendría que ver? Luego, en la travesía que inaugura tal clase de preguntas, se despliega una magistral genealogía de la sexualidad, que no es sino una magistral reversión del sistema de saber/poder sobre el sexo.

La producción o el poder están así destinados a su fatalidad. La seducción es así

³³ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 48

³⁴ Véase HOLZAPFEL, Cristóbal. *De cara al límite*. Santiago: Metales Pesados, 2012 (1ª Edición)

más fuerte que el poder y que toda producción “porque es un proceso reversible y mortal, mientras que el poder se pretende irreversible como el valor, acumulativo e inmortal”³⁵. Intensificando la idea agrega con lucidez Baudrillard acá:

¿Creen que el poder, la economía, el sexo, todos esos cacharros *reales* se hubiesen sostenido ni un instante sin la fascinación que los soporta, y que les llega precisamente del espejo inverso donde se reflejan, de su reversión continua, del goce sensible e inminente de su catástrofe? Hoy, en especial lo real no es más que acumulación de materia muerta, de cuerpos muertos, de lenguaje muerto –sedimentación residual³⁶

La fatalidad del poder estriba en que produce una duplicación obscena de lo que ya es, una clonación del discurso, un algoritmo que se repite y que se despliega sin la inquietud respecto de su estructura seminal constituyente. En el neoliberalismo: estructura binaria. Por ello, para Baudrillard la metástasis es el único horizonte en la iteración del poder: “proliferaciones cancerosas de una estructura en lo sucesivo enloquecida y desorganizada”³⁷.

Tal como hemos dicho: la fuerza de la seducción es su movimiento, su reversibilidad, su destinación fatal respecto del orden de un discurso. La seducción es un proceso circular, su movimiento no es ni ascendente ni descendente, no avanza sino sólo sostiene la espectralidad de lo reversible. La seducción es fatalidad del signo, nada más. Señala Baudrillard al respecto cuál debe ser así el problema que nos convoca:

La imbricación del proceso de seducción en el proceso de producción y de poder, la irrupción de un mínimo de reversibilidad en todo proceso irreversible, que lo arruina y lo desmantela en secreto, asegurando siempre ese continuo mínimo de goce que lo atraviesa, sin el que no será nada, he aquí lo que hay que analizar. Sabiendo que siempre y en todo lugar la producción intenta exterminar la seducción para implantarse en la única economía de las relaciones de fuerzas –que en todas partes el sexo, la producción del sexo intenta exterminar la seducción para implantarse en la

³⁵ BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Op. cit., p. 48

³⁶ *Ibíd.*, p. 49

³⁷ *Ibíd.*, p. 51

única economía de las relaciones de deseo³⁸

Consideraciones finales

¿Qué supone la seducción en nosotros? Por lo pronto coger el reverso de los signos, invertir la positividad del discurso, ya que el poder no hará esta tarea porque no está allegado a ello. Su labor resulta más bien acumulativa, distributiva. Ese es el engaño del poder y es el momento –o uno de los momentos– en que Baudrillard se distancia de Foucault. Reversión del poder, no pura circulación, no sólo prácticas: se trata de mirar el poder desde su fisonomía seductora, que sería su fisonomía última. De este modo conlleva el abandono de la estrategia de la producción y el acercamiento a una estrategia de la *ilusión* que será aquello que acecha a todo lo que tiende a confundirse con su propia realidad. Esto es de vital importancia para Baudrillard:

Ahí hay un recurso de una fabulosa potencia. Pues si la producción sólo sabe producir objetos, signos reales, y obtiene de ello algún poder, la seducción no produce más que ilusión y obtiene de ella todos los poderes, entre los que se encuentra el de remitir la producción y la realidad a su ilusión fundamental³⁹

El poder de la seducción es el de la diferencia, del desvío. Por ello, cualquier cristalización del discurso, cualquier producción de sentido –ciencia, religión, modelo económico, moda– sólo retrasará el momento de la seducción, su intromisión fatal, la que descarrilará igualmente la producción discursiva hacia el *sin sentido*. No podemos así vencer la seducción. Retoma acá Baudrillard un fascinante cuento:

Como la historia del soldado que se encuentra con la muerte en el desvío de un mercado, y cree verle hacer un gesto amenazador hacía él. Corre al palacio del rey a pedirle su mejor caballo para huir de la muerte durante la noche, lejos, muy lejos, hasta Samarkande. Con motivo de ello el rey convoca a la muerte al palacio para reprocharle que espante de ese modo

³⁸ *Ibíd.*, p. 50

³⁹ *Ibíd.*, p. 69

a uno de sus mejores servidores. Pero ésta le contesta asombrada: «No he querido causarle miedo. Era solamente un gesto de sorpresa, al ver aquí a ese soldado, cuando teníamos cita a partir de mañana en Samarkande»⁴⁰

En el primero de los cuentos citados, el encanto de la historia está en lo que se retira, en su *trompe-l'oeil*. Igualmente acá: la ingenuidad de la muerte dirá Baudrillard, o la fuga del soldado, el acecho de un encuentro impostergable; en fin, el encantamiento fatal de no poder escapar de la muerte será el mismo destino del intento de iterar de toda producción. Una fatalidad ingenua se cierne sobre su deseo de idioma –parafraseando a Derrida. No hay fuga posible para el soldado, como no hay fuga posible para el poder y sus producciones. Puede haber retraso, pero no escapatoria. Baudrillard es elocuente acá: “el hombre seducido es atrapado a pesar de él en la red de signos que se pierden”⁴¹.

Finalmente decimos que en contra de la verdad de lo verdadero, en contra de lo más verdadero que lo verdadero –que se convierte inmediatamente en pornográfico–, “en contra de la obscenidad de la evidencia, en contra de esa promiscuidad inmundada consigo mismo que se llama el parecido, hay que recomponer la ilusión, recuperar la ilusión”⁴². En un mundo donde la energía de lo público se despliega en la obesidad de la masa, en lo obscuro, la utopía, el idealismo, debe ser combatido con la ilusión, con la reversibilidad de la apariencia. Lo social, la porno-producción, se ha hecho monstruosa y se degrada equilibrada entre un crecimiento metastásico y la “gigantesca empresa del materialismo terapéutico”⁴³.

La única apuesta posible es la seducción, la composición de aquella fuerza fatal en toda producción, el arresto de lo mismo a lo mismo, o como explica en *Contraseñas* “un desafío, una forma que siempre tiende a desconcertar a alguien respecto de su identidad”⁴⁴. Y es que si bien el mundo de la producción, posee el poder, “la potencia, por su parte está del lado de la seducción”⁴⁵. Para un sistema neoliberal esto significa la

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 71

⁴¹ *Ibíd.*, p. 73

⁴² BAUDRILLARD, Jean. *Las estrategias fatales*. Op. Cit., p. 53

⁴³ *Ibíd.*, p. 58

⁴⁴ BAUDRILLARD, Jean. *Contraseñas*. Op. Cit., p. 31

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 33

imbricación de la fisura, la incontinencia de su régimen discursivo –o siguiendo el hilo anterior– la reversión de sus gestualidades identitarias: “La seducción en contra del terror: he aquí la apuesta, no hay otra”⁴⁶.

Referencias bibliográficas

BAUDRILLARD, Jean. *Contraseñas*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2002 (1ª Edición) [Trad. Joaquín Jordá]

BAUDRILLARD, Jean. *De la seducción*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1989 (6ª Edición) [Trad. Elena Benarroch]

BAUDRILLARD, Jean. *Las estrategias fatales*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1991 (3ª Edición) [Trad. Joaquín Jordá]

EMA, José. “Capitalismo y subjetividad ¿Qué sujeto, qué vínculo y qué libertad?”, en *Psicoperspectivas*, VIII (2), 224-247. 2009. Recuperado el 12 de mayo de 2015 desde <http://www.psicoperspectivas.cl>.

GUZMAN, Diego. “Mi increíble papá”, en *Santiago en cien palabras*, 2008

HAN, Byung-Chul. *La agonía del eros*. Barcelona: Herder, 2014 (1ª Edición) [Trad. Raúl Gabás]

HAN, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder, 2012 (1ª Edición) [Trad. Arantzazu Saratzaga]

HAN, Byung-Chul. *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder, 2014 (1ª Edición) [Trad. Alfredo Bergés]

HOLZAPFEL, Cristóbal. *De cara al límite*. Santiago: Metales Pesados, 2012 (1ª Edición)

⁴⁶ BAUDRILLARD, Jean. *Las estrategias fatales*. Op. Cit., p. 53